

Discipulado: Compañerismo, No Desempeño

Una Visión para un Crecimiento Permanente y una Transformación Compartida

Por Raimer Rojas

Introducción: La Manera en que Jesús Formó a Sus Discípulos

Cuando Jesús llamó a sus discípulos, no los invitó a un salón de clases — los invitó a su vida. Día tras día lo siguieron por caminos polvorientos, por pueblos llenos de gente y por colinas silenciosas, observando cómo Él vivía, amaba, oraba y confiaba en el Padre. Aprendieron caminando con Él — no con teoría, sino con imitación.

Luego llegó el momento en que los envió — de dos en dos, de aldea en aldea (*Lucas 9:1-6; Lucas 10:1-9; Mateo 10:5-16*). Les dio autoridad, pero también les quitó toda falsa sensación de seguridad. “No lleven nada para el camino,” les dijo — ni dinero, ni bolsa, ni sandalias extras. Tenían que depender por completo del Espíritu y de la hospitalidad de personas desconocidas.

En esa vulnerabilidad, descubrieron lo que realmente significa vivir por fe — ser enviados sin depender de sí mismos, confiando en que el mismo Padre que alimenta a los gorriones también proveería para ellos. Eran como ovejas en medio de lobos, pero inocentes como palomas, aprendiendo que la dependencia no es debilidad, sino fuerza.

Cuando regresaron, llenos de gozo y con los labios rebosando de testimonios de milagros y liberaciones, Jesús los escuchó — y luego los volvió a centrar con ternura. “No se alegren de que los espíritus se les sometan,” les dijo, “sino alégrense de que sus nombres estén escritos en el cielo.” — *Lucas 10:20*. En esa sola frase, Jesús les recordó lo que realmente importa. Su valor no estaba en lo que hacían, sino en a quién pertenecían. Su confianza no debía estar en los resultados, sino en la redención.

Jesús estaba formando en ellos un nuevo tipo de discipulado — uno basado en dependencia, no en autoimportancia; en compañerismo, no en desempeño; en gracia, no en esfuerzo propio.

El discipulado no es perfección sino progreso, no es desempeño sino compañerismo — con Jesús, Su Espíritu y Su pueblo. No se trata de alcanzar un estado perfecto, sino de caminar en la dirección correcta. Somos aprendices de Jesús, no actores tratando de impresionar. El verdadero discipulado es un camino relacional — marcado por la honestidad, el crecimiento y la transformación compartida.

1. No Perfección — Progreso

Así como Jesús envió a sus discípulos con poco más que Su palabra y Su presencia, también nos invita a nosotros a un camino de *obediencia confiada*, no de ejecución perfecta. Ellos no sabían todo cuando fueron — pero fueron. Y mientras iban, crecieron.

El discipulado es un *camino*, no un destino. Estamos siendo transformados “*de gloria en gloria*” (2 Corintios 3:18), paso a paso, mientras caminamos con Jesús. El progreso no se mide por cuánto sabemos, sino por cuánto obedecemos y qué tan rápido respondemos cuando Dios habla. “Sígueme,” dijo Jesús — no “llega.”

Como aquellos primeros discípulos, aprendemos haciendo, fallando, intentando otra vez, y descubriendo que la gracia nos lleva más lejos que la perfección. Esta verdad nos libera de la comparación y la vergüenza. Mantiene nuestros corazones sensibles, enseñables y en movimiento.

2. No Desempeño — Compañerismo

Cuando los discípulos regresaron llenos de alegría por los milagros, Jesús redirigió su gozo: no hacia lo que habían hecho, sino hacia a quién pertenecían. Él estaba formando en ellos una actitud de compañerismo, no de rendimiento. El verdadero discipulado no busca impresionar a Dios; busca caminar con Él como un libro abierto. Es vivir sin esconder nada — presentando nuestro ser real delante de Él para que Su verdad nos encuentre donde realmente estamos, no donde aparentamos estar. “*Nada hay oculto a los ojos de Aquel a quien debemos rendir cuentas.*” — Hebreos 4:13.

Cuando dejamos de tratar de impresionar a Dios, finalmente comenzamos a permanecer en Él. El esfuerzo propio dice: “Mira lo que puedo hacer por Ti.” La permanencia dice: “Haz en mí lo que solo Tú puedes hacer.” “*Si permanecen en Mí y Yo en ustedes, darán mucho fruto.*” — Juan 15:5. Este cambio transforma el discipulado de un esfuerzo religioso a una intimidad relacional. La obediencia fluye del amor, no del miedo; de la relación, no del desempeño.

3. Compañerismo con Jesús, Su Espíritu y Su Pueblo

Así como los discípulos aprendieron a apoyarse en Dios y en los demás mientras viajaban de pueblo en pueblo, nosotros también crecemos mejor en relación, tanto vertical como horizontal. Ningún discípulo fue enviado solo, porque la formación ocurre juntos. Crecemos caminando con Jesús, empoderados por Su Espíritu, rodeados de Su pueblo. Cada relación cumple un papel vital:

- **Jesús** — Nuestro modelo y maestro — el patrón de la verdadera humanidad.
- **El Espíritu** — Nuestro maestro, consolador y fuente de poder.
- **Su pueblo** — Nuestro espejo, hierro que afila hierro, y aliento en el camino.

Nunca Fuimos Diseñados para Crecer Solos

El mismo Jesús que los envió de dos en dos sigue llamándonos a vivir en comunidad. Todo discípulo necesita la fricción amorosa del compañerismo — donde la confesión reemplaza el esconderse, y el afilarse mutuamente reemplaza la lucha silenciosa. Es en relaciones auténticas donde somos vistos y conocidos — con todo y nuestras fallas — pero profundamente amados, y continuamente llamados a una vida más profunda de rendición y obediencia a la persona de Jesús. Este es el tipo de

comunidad que forma a Cristo en nosotros: honesta, llena de gracia y decidida a ayudarse mutuamente a caminar fielmente con Él.

4. La Mentalidad de Crecimiento de una Fe Encarnada

Como los discípulos aprendiendo en el camino — a veces sin entender, a veces asombrados — nosotros también estamos en formación continua. Ellos no eran productos terminados cuando Jesús los envió, y nosotros tampoco. El discipulado prospera con una mentalidad de crecimiento, no una mentalidad fija. Cree esto: “Estoy en formación continua mientras camino con Jesús — para estar con Él, llegar a ser como Él, y hacer lo que Él hizo.”

Una fe encarnada entiende que la formación dura toda la vida. Cada temporada, prueba o fracaso es una invitación a crecer más profundamente. No hemos terminado — *estamos siendo formados*.

“Todos nosotros... contemplando la gloria del Señor, somos transformados a Su imagen.” — 2 Corintios 3:18. Esta mentalidad mantiene a los discípulos humildes, flexibles y fructíferos. Crea una comunidad de aprendices, no de artistas — una familia que crece junta por medio de la obediencia y la gracia.

5. El Fruto del Compañerismo

Cuando los discípulos de Jesús salieron obedeciendo y regresaron llenos de historias, Él celebró su crecimiento, pero ancló su alegría en lo más importante — no en los resultados, sino en la relación. El mismo principio nos forma hoy. Cuando caminamos con Él, dependemos de Su Espíritu y viajamos junto a Su pueblo, nuestras vidas naturalmente dan fruto.

Cuando los discípulos abrazan el progreso sobre la perfección y el compañerismo sobre el desempeño, la fe se encarna y se comparte de manera natural. Vidas que antes estaban marcadas por el esfuerzo propio se convierten en testimonios de gracia. Comunidades que antes se centraban en consumir se convierten en movimientos que multiplican. *“Vengan, síganme... y los haré pescadores de hombres.” — Mateo 4:19 y “Imítenme a mí, así como yo imito a Cristo.” — 1 Corintios 11:1.* Este es el resultado natural del verdadero discipulado: seguidores que se convierten en ejemplos, y ejemplos que reproducen nuevos seguidores — todos caminando en la misma dirección, hacia Jesús.

De una Visión Falsa a una Visión Verdadera

- Perfeccionismo > Progreso en la gracia
- Desempeño > Partnership with God
- Aislamiento > Interdependencia en comunidad
- Esfuerzo propio > Obediencia empoderada por el Espíritu
- Vida oculta > Autenticidad como libro abierto
- Mentalidad fija > Mentalidad de crecimiento

El discipulado no se trata de impresionar a Dios; se trata de permanecer en Él — caminar con Jesús, llenos de Su Espíritu y conocidos entre Su pueblo, como un libro abierto escrito continuamente por la gracia.

Conclusión: Siguiendo el Mismo Camino

El camino que Jesús recorrió con Sus discípulos nunca fue para probar su fuerza — sino para enseñarles la Suya. Comenzaron como aprendices siguiendo a un Maestro, pero a través de cada paso de fe, fracaso y restauración, se convirtieron en amigos que llevaban Su presencia al mundo.

Y ese mismo viaje continúa con nosotros. Jesús todavía llama a personas comunes a caminar con Él — no para actuar para Él, sino para asociarse con Él. Aún nos envía con poco más que Su Palabra y Su Espíritu, invitándonos a confiar en el cuidado del Padre más que en nuestra capacidad o recursos. Y todavía nos recuerda, cuando nos alegramos por lo que hemos logrado, que el mayor milagro es este: nuestros nombres están escritos en el cielo.

Seguir a Jesús es abrazar el mismo patrón que Él dio a sus primeros seguidores — una vida de dependencia en lugar de control, de gracia en lugar de esfuerzo, de comunidad en lugar de aislamiento, y de progreso en lugar de perfección. Él no necesita nuestra apariencia; desea nuestra asociación. No se impresiona con nuestro desempeño; se acerca a nuestro corazón rendido.

Así que seguimos caminando — paso a paso, de corazón a corazón, junto con Él y con los demás — creciendo, aprendiendo y convirtiéndonos en testigos vivos de esa misma gracia transformadora que convirtió a pescadores en transformadores del mundo. “Vengan, síganme...” sigue resonando hoy — una invitación a caminar no en nuestra fuerza, sino en la Suya.